

inclinarnos en un sentido o en otro. Por lo tanto, la tesis de Taylor no es verdadera.

ENRIQUE VILLANUEVA

H. J. Robinson, *Renascent Rationalism*. Toronto: MacMillan and MacLean-Hunter Press, 1975. xi + 290 pp.

El racionalismo puede contarse entre las características de nuestra época. Pero Helier J. Robinson va más lejos: se propone desarrollar una filosofía que entroncaría con el racionalismo más puro, es decir, con las directrices trazadas por los filósofos que en la historia del pensamiento occidental han recibido como por antonomasia el apelativo de racionalistas: Descartes, Spinoza, Leibniz. Aunque no explicita el significado de términos tales como "razón", "racionalidad", "racionalismo", puede pensarse que Robinson les da la acepción que tienen en estos filósofos. El supuesto inicial es que los embates empiristas, emotivistas, y de cualquier otro tipo anti-racionalista, no han podido derrumbar al racionalismo; y que, en consecuencia, es válido un conocimiento metafísico de la realidad a través de la especulación sobre entidades que estrictamente no son perceptibles.

¿Qué es una filosofía racionalista? Robinson parece establecer que tal filosofía es la que se sustenta en las certezas racionales. Esto se trasluce al decir que la filosofía comienza con datos indudables. Datos indudables son la conciencia, la existencia interior a la conciencia, ciertas verdades necesarias interiores a la conciencia y ciertas falsedades necesarias igualmente interiores a la conciencia. Partiendo de la certeza indubitable del yo, de la conciencia, el trabajo de la filosofía es analizar lo existente por el filtro de la conciencia, y corregir las falsedades necesarias por medio de las verdades necesarias. El filosofar comienza por el impacto que hacen en nosotros las falsedades y el deseo de dilucidarlas.

Por eso el punto de partida es la consideración de la percepción falsa y de la creencia falsa. Así surge el problema general de la percepción. Éste surge de tres cosas incompatibles: la percepción empírica, la percepción teórica y el realismo. A través de complejos análisis, Robinson va desmenuzando el problema hasta postular lo que llama "la solución de Leibniz y Russell". Dicha solución consiste en aseverar que el objeto real de la percepción teórica no puede ser percibido empíricamente, de modo que la percepción empírica vendría a ser el estadio último de la percepción teórica. Lo cual nos parece que es poner las cosas al revés.

En la percepción teórica hay la dualidad causa-efecto, es decir, objeto y representación, o, de otra manera, objeto real y objeto aparente; por lo mismo, el hombre que percibe debe poseer dos cuerpos,

uno real y otro aparente, siendo el primero causa del segundo. Al percibir teóricamente lo que es externo al cuerpo real, se causan tres representaciones: la del objeto real, la del cuerpo real y la de la relación con lo externo; así, lo que se percibe empíricamente es interno a la cabeza real y externo a la cabeza aparente. Lo que se percibe empíricamente, los objetos aparentes, es un mundo aparente interior a la cabeza real; así, hay un mundo aparente numérica y espacialmente distinto para cada hombre que percibe. Como los hombres que perciben se comunican entre sí, la publicidad del mundo aparente no se debe a la singularidad, sino a la similaridad. Hay correspondencia de los objetos reales con las leyes científicas y, puesto que los objetos aparentes son sólo representaciones de los objetos reales, también los objetos aparentes se conforman a las leyes científicas; por esa conformidad con las leyes científicas, llamamos "materiales" a los objetos aparentes; pero los objetos aparentes son en realidad mentales; y sólo son materiales los objetos reales. Los objetos reales son causas de los objetos aparentes, por tanto, la consistencia de las cosas empíricamente percibidas no se debe a que sean reales, sino a que sus causas son reales. De este modo, la solución de Leibniz y Russell salvaguarda la verdad de la percepción empírica y la que pertenece a la teórica.

Sigue Robinson tratando de la creencia falsa y el modo de superarla. La percepción y la creencia desembocan en la física. En cuanto a ese tema es interesante cómo intenta superar la crisis de la inducción provocada por Hume. Trata de hacerlo diciendo que la concepción humeana de la causalidad sólo vale para el mundo aparente, mientras que en el mundo real rige una causalidad auténtica. Y entonces, explicar un efecto consiste en describir su causa real.

De este modo llega a la metafísica, punto que nos parece el más discutible de la filosofía de Robinson, y queremos centrarnos en él. La metafísica, según Robinson, es la investigación del mundo real. La metafísica es distinta de la física, en primer lugar, porque las explicaciones metafísicas tienen un mayor rango de generalidad que las de la física. En segundo lugar, porque corresponden al hecho empírico de diversa manera: la física debe corresponder al hecho empírico directamente, mientras que la metafísica corresponde a las leyes de la física más bien que a las observaciones particulares.

Hasta aquí no hay problema. Pero los problemas comienzan cuando Robinson establece sus categorías metafísicas. Hay, según él, tres categorías en términos de las cuales puede describirse el mundo aparente de cualquier persona: las categorías de *cosa*, *cualidad* y *relación*. A decir verdad, son muy pocas categorías —no ciertamente por el deseo de no multiplicar los entes sin necesidad—, y no se distinguen suficientemente entre niveles categoriales y trans-categoriales.

Lo que Robinson llama la categoría *cosa* trasciende el orden categorial, pertenece a un nivel trans-categorial que él no señala. Por no distinguir esos niveles, dirá poco después que la categoría de cosa no es anterior sino posterior a las de cualidad y relación, alegando que dicha *coseidad* se refiere al mundo aparente, y que, por lo tanto, es una construcción posterior del sujeto. Esto corre el riesgo del idealismo.

Resulta, pues, demasiado reduccionista el esquema categorial de Robinson, quien pretende, en definitiva, explicar el "mundo aparente" en términos sólo de cualidad y relación. Aristóteles y Kant propusieron mayor número de categorías. Robinson es sujeto de sospecha al poner tan pocas. ¿Será tan sólo que son las más básicas? ¿Será que en base a ellas surgen las otras? Por ejemplo, nada dice de la cantidad como categoría. Cuando habla de la substancia, da una explicación muy burda de ella, y parece ignorar o, por lo menos, no tener en cuenta el cambio substancial con sus implicaciones.

Al tratar de la identidad, relacionada con la substancia, dice que las cosas aparentes no la tienen, pues su permanencia a través de las representaciones es también aparente; únicamente tienen identidad las cosas reales, de las que son representaciones. Pero aquí nuevamente se corre el peligro de confundir la epistemología con la ontología.

Esta confusión se hace patente al tratar de las cualidades: éstas se reducen a sensaciones. Pero esto no se puede aceptar, pues algo debe corresponder a las cualidades en la realidad. Lo mismo ha de decirse respecto a las relaciones (externas a los objetos), que para Robinson se dan entre cualidades y no entre cosas. Inclusive aduce la postura de Spinoza y Leibniz, quienes construyeron sus sistemas metafísicos sin relaciones (externas), considerándolas sólo como ficciones de la mente. Spinoza, al defender que existe una sola substancia, hace que todas las relaciones sean internas a ella. Leibniz defiende que hay una infinitud de substancias, cada una de ellas con infinitas propiedades, pero sin relaciones, ni internas ni externas. Tales substancias son las mónadas, que, en expresión de Leibniz, "no tienen ventanas".

Robinson reconstruye como axiomática la conocida doctrina metafísica de Leibniz. Manifiesta su aprecio por ella y señala algunos defectos. El principal es la introducción de la armonía preestablecida, la cual, siendo una relación, equivale a la introducción de la relación en el sistema leibniziano. Pero esa misma armonía preestablecida, al ser una relación infinita, conduce a la conclusión de que el mundo real no consiste tanto de substancias y propiedades, como de relaciones.

Así, Robinson pasa a un segundo aspecto de su metafísica, la me-

tafísica relacional. Está centrada en el concepto de estructura, considerada como un conjunto de relaciones entre sus elementos. En terminología aristotélica, la llama "forma". Pero hay niveles en las estructuras. La sub-estructura inmediata de una estructura puede ser llamada "materia prima". En las estructuras superiores se darán relaciones. Las relaciones son, por lo demás, al mismo tiempo entidades individuales y abstractas.

El mayor reclamo que podemos hacer a la metafísica de Robinson, que, por otra parte, es un intento serio de estructurar una metafísica racionalista, va contra el exagerado cúmulo de dualismos al que llega: hay dos mundos (real y aparente), dos tipos de cuerpos, dos tipos de ciencias, dos tipos de causalidad, dos tipos de explicación, dos tipos de coseidad, dos tipos de cualidad, dos tipos de espacio, dos tipos de tiempo, dos tipos de percepción, dos lenguajes de percepción, dos clases de representación, dos clases de creencia, dos clases de la probabilidad, dos clases de mente, dos clases de sujeto. Según él, estas dualidades demuestran la incoherencia del realismo, pero lo que más bien demuestran es que el racionalismo idealista lleva a multiplicar excesivamente y sin necesidad los entes. Aunque sabemos que esto no hará mella a Robinson, pues en el epígrafe de su obra dice significativamente: "No tengas miedo de multiplicar los entes más allá de lo necesario."

MAURICIO BEUCHOT

Hans Georg Gadamer, *Plato. Texte zur Ideenlehre*. Klostermann Texte. Philosophie. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1978. 96 pp.

La editorial alemana referida arriba viene publicando desde la década pasada una colección de textos, dentro de la cual se incluye una serie de filosofía. En ésta han aparecido ya selecciones de Platón, Aristóteles y Plotino, en el ámbito de la filosofía griega; opúsculos u obras de Kant, Fichte, Husserl, Scheler, Bühler, Krüger y Volkmann Schluck, en el de la filosofía alemana, así como de otros pensadores europeos, como Rousseau, Peirce y B. Williams. Preparados y traducidos por el profesor Hans Georg Gadamer, ordinario de filosofía en la Universidad de Heidelberg, conozco los volúmenes correspondientes a Platón y Aristóteles; de éste publicó el Libro XII de la *Metafísica* y de aquél, los fragmentos que se describen a continuación.

Si de los otros autores incluidos en la serie puede decirse en general que no se publicó algo característico de su pensamiento (por ejemplo, de Kant se tomó el ensayo "Sobre el dicho común: 'Esto